

Mario Barbosa Cruz\*

# Proyectos de modernización y urbanización en México y Bogotá, 1880-1930\*\*

## Abstract

*This paper explores lines of analysis for the study of the urban modernization projects in Latin America with an emphasis in the search of comparative criteria among two particular realities: Mexico City and Bogotá. Instead of pointing common characteristics in the processes lived by these two cities, we propose some lines of analysis for comparative history rejecting theoretical dualities and the critical observation of the urban modernization's obstacles.*

## Resumen

*Este artículo pretende explorar líneas de análisis para el estudio de los proyectos de modernización urbana en Latinoamérica con un énfasis en la búsqueda de criterios comparativos entre dos realidades particulares: la ciudad de México y Bogotá. Más que señalar características comunes en los procesos vividos por estas dos ciudades, este texto propone algunas líneas de análisis para la historia comparada con base en el rechazo de dualidades teóricas y la observación crítica de los obstáculos de la modernización urbana.*

## Key Words

*History – Mexico City. Bogota – XXth century, Urban modernization – Bogota – Mexico City, Urbanization – Bogota – Mexico City, Urban Historiography – Bogota – Mexico City.*

## Palabras Clave

*Historia - México D.F. - Bogotá - Siglo XX, Modernización urbana - Bogotá - México D.F., Urbanización - Bogotá - México D.F., Historiografía urbana - Bogotá - México D.F.*

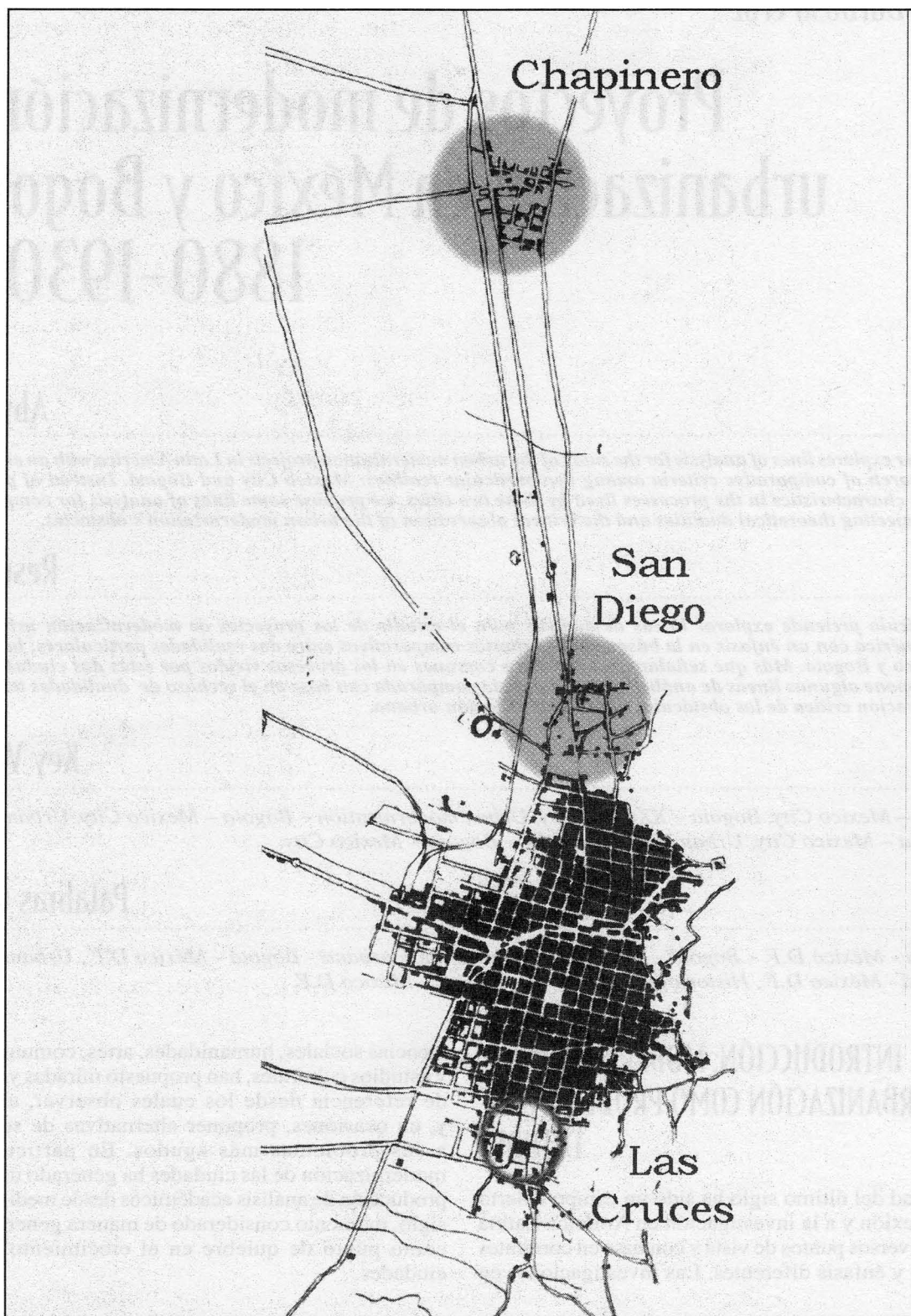
## I. INTRODUCCIÓN: MODERNIZACIÓN Y URBANIZACIÓN COMO PROBLEMAS DE ESTUDIO

La ciudad del último siglo ha sido un campo abierto a la reflexión y a la investigación en América Latina desde diversos puntos de vista y con base en corrientes teóricas y énfasis diferentes. Las investigaciones en

ciencias sociales, humanidades, artes, comunicación y estudios culturales, han propuesto miradas y puntos de referencia desde los cuales observar, analizar y, en ocasiones, proponer alternativas de solución a sus problemas más agudos. En particular, la modernización de las ciudades ha generado una gran producción de análisis académicos desde mediados de siglo, momento considerado de manera generalizada como punto de quiebre en el crecimiento de las ciudades.

\* Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.  
E-mail: mbarbosacruz@yahoo.es

\*\* Este trabajo presenta resultados de la investigación "Modernización, pobreza urbana y estrategias de subsistencia en México y Colombia".



Los sectores de Chapinero, San Diego y las Cruces hacia 1880, Fuente: Martínez, C; Mejía, Germán en: *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*, 2a ed., Bogotá, CEJA, 2000, p. 331.

Al revisar la historiografía sobre este tema y los esfuerzos de comparación en el análisis del desarrollo urbano, se encuentran diferencias notables. Siguiendo los patrones de otras ciencias sociales, los estudios urbanos de las últimas décadas se han concentrado en la segunda mitad de siglo, al menos para los casos de Colombia y México. Si se hace un balance, es mucho menor el número de obras dedicadas a explorar o analizar la consolidación de estas ciudades en la primera parte del siglo XX. En un buen número de estas obras, además, hay un silencio evidente al referirse a estos años; en algunos análisis ni siquiera se hace mención como antecedentes del desarrollo urbano posterior, de la expansión de las ciudades, y se insiste en los problemas generados a partir de mediados de siglo, trazando una línea directa entre la urbanización desbordada y el aumento de la migración del campo a la ciudad.

En el caso colombiano, desde los años 60 muchos estudios han analizado la vida social de las ciudades, los movimientos sociales, así como la constitución de polos de radicalidad en las principales urbes. Con base en las teorías del desarrollo y la dependencia se produjeron estudios de campo y análisis teóricos que buscaban explorar desde la economía, la sociología o la historia, la construcción de las urbes y el impacto de la modernización en la vida política, económica y social, principalmente. Desde otro ámbito, los estudios culturales se han propuesto explicar la fragmentación y heterogeneidad de las poblaciones en las ciudades en crecimiento, sobre todo en estas últimas décadas, y han tratado de encontrar claves para analizar los matices entre tradición e innovación. Estos mismos estudios han explorado la inserción de las poblaciones urbanas en un mundo cultural cruzado por el avance de las comunicaciones y la modernidad de las ciudades a partir del ámbito de los signos, las creencias y las formas de comportamiento colectivo. La mayor parte de éstos también se han centrado en el último medio siglo y en estudios contemporáneos.<sup>1</sup>

En este corto y general balance, llama la atención la escasa presencia de historiadores en medio de una discusión que protagonizan filósofos, lingüistas, sociólogos y comunicólogos. Mientras el problema urbano se ha posicionado en el mundo académico colombiano y, en particular, en Bogotá con un movimiento que ha impulsado una renovación urbanística en la última década, hay una notable ausencia de análisis de fenómenos relacionados con el avance de la modernización urbana desde una investigación histórica de más largo plazo. El

problema no está solamente en ámbitos de planeación, de intervención urbanística o de renovación del paisaje edilicio o urbano, sino en la carencia de análisis que inserten el proceso histórico de la expansión urbana en ámbitos que han sido explorados por otras disciplinas. Por ejemplo, entender los alcances de los proyectos de modernización en los distintos momentos a partir del reconocimiento de nuevos espacios urbanizados y de su papel dentro del conjunto; o de las barreras que han enfrentado dichos proyectos debido a las características culturales de las mayorías de población. O de otro lado, buscar explicaciones a la ausencia o la explosión de momentos agudos de conflictividad social a partir del reconocimiento del desarrollo espacial, de la fragmentación y estratificación social generada por la expansión urbanística.

Las referencias generales al desarrollo urbano en el último siglo han estado plagadas de lugares comunes, de estereotipos construidos que aún no han sido puestos a prueba. Más allá de las modas teóricas y temáticas, la ciudad sigue siendo un campo por explorar. Y este es precisamente el énfasis y la principal motivación de este artículo. Nos centramos en esa primera mitad del siglo XX, aún poco explorada, y extendemos la mirada hacia las últimas décadas del siglo XIX en donde encontramos algunos antecedentes de tendencias compartidas por Bogotá y la ciudad de México.

Las siguientes páginas no tienen el propósito de presentar argumentos concluyentes sino de explorar líneas de análisis para el estudio de los proyectos de modernización urbana en Latinoamérica con un énfasis en la búsqueda de criterios comparativos entre realidades particulares. No estamos buscando coincidencias en las características de los procesos vividos por estas dos ciudades, sino aprovechar tendencias de análisis o líneas historiográficas para proponer nuevas investigaciones que abandonen las dualidades teóricas y observen de manera crítica los obstáculos de la modernización urbana. Estamos convencidos de que la comparación es una perspectiva que permite avanzar en el cuestionamiento de hechos sociales considerados como verdades que no tienen discusión o como argumentos de peso que no merecen ser discutidos. Por supuesto, no somos los primeros que hemos insistido en desvirtuar ciertos planteamientos generalizados sobre la modernización de las ciudades. Estudios anteriores nos permiten identificar o sustentar las líneas de análisis que en adelante proponemos.

<sup>1</sup> En estas páginas introductorias no hacemos referencias explícitas a bibliografía sobre estos temas pues apenas se está haciendo una referencia general a las líneas de análisis sobre la urbanización y modernización de estas ciudades. En el cuerpo del texto se relacionarán los principales trabajos que han abordado estos temas en cada ciudad.

Este artículo, de otra parte, pretende contrastar los planes y la reglamentación en relación con los espacios públicos urbanos y confrontar, a partir de la comparación, cómo se enfrentaron problemas comunes derivados de la urbanización y densificación de estas ciudades a partir de 1870. Se busca explorar los modelos de modernización utilizados por las élites a partir del mejoramiento de la infraestructura urbana y los esfuerzos normativos para cambiar por la fuerza comportamientos generalizados de sus habitantes que eran contrarios a estos proyectos.

Antes de iniciar, vale la pena subrayar que a pesar de las notables diferencias en cuanto al tamaño, el número de población y la expansión de servicios en el período de estudio, Ciudad de México y Bogotá son dos casos importantes para caracterizar los modelos de crecimiento y modernización urbanos en América Latina. Una revisión de la historiografía reciente de ambos países permite encontrar coincidencias en las líneas de análisis, así como evidenciar procesos similares vividos en las décadas anteriores a la época de gran expansión de la traza urbana y de explosión de las cifras de población.

A estas perspectivas para abordar situaciones similares dedicaremos el contenido de este artículo. Como en cualquier recorrido urbano, en ambas ciudades tenemos estaciones comunes en la consolidación de proyectos de modernización. En ambos casos, el proceso de urbanización sobrepasaba cualquier previsión y era, para los contemporáneos, motivo de discursos de rechazo y de voces imperativas para buscar soluciones a problemas que se percibían cada día más agudos. En tres estaciones de este recorrido intentamos explorar de forma general algunos problemas generados por la densificación de las ciudades y relacionarlos con los proyectos de modernización que caracterizaron los discursos de las élites en este periodo.

## II. PRIMERA ESTACIÓN: AUMENTO DE LA DENSIFICACIÓN Y PROPUESTAS DE MODERNIZACIÓN

Los proyectos de reorganización del espacio urbano en la Nueva España y en Nueva Granada fueron protagonistas centrales en el gobierno de las ciudades capitales de los virreinos en la época colonial. Algunos de los argumentos centrales de estos

proyectos, que se mencionaron reiteradamente a finales del siglo XVIII, son claros antecedentes de los planes que se pusieron en práctica ya bien avanzada la era republicana para el caso de Ciudad de México y Bogotá.

Basados en los presupuestos racionales de la Ilustración, los reformadores de finales del siglo XVIII en la Nueva España insistieron en la necesidad de aplicar los avances de la ciencia a una reorganización del espacio urbano. El modelo de reforma de las ciudades buscaba recuperar la cuadrícula primigenia trazada en la fundación hispana que se había perdido con el paso de los años; la superficie de las propiedades privadas y de las órdenes religiosas se extendió hacia las calles y éstas quedaron incorporadas como parte de su propio espacio privado. Esteban Sánchez de Tagle señala que en el siglo XVIII se quería recuperar la idea de ciudad de quienes diseñaron la cuadrícula en el siglo XVI. La racionalidad del dibujo quería expresar una idea de “orden previo a la presencia de los agentes sociales en el espacio, otorgar al gobierno en el poder una justificación que lo hace parecer a sí mismo, necesario y hasta inevitable”.<sup>2</sup> El proyecto de recobrar el orden previo a cualquier instauración de poder llamó la atención de los reformadores del siglo XVIII en la Nueva España. Los borbones quisieron recuperar la cuadrícula como un reflejo del orden instaurado por este nuevo estado, en una explícita reminiscencia del orden soñado por los conquistadores.

Al parecer, ni este tipo de discusión ni los avances en la discusión urbanística fueron muy extendidos para el caso de la capital del virreinato de la Nueva Granada. Aparte de las menciones en las relaciones de mando sobre los problemas de transportes, servicios e higiene pública de la ciudad,<sup>3</sup> son pocas las referencias a iniciativas en este período y a la aplicación de la racionalidad borbónica para la pequeña y aislada Santafé de Bogotá. Algunas de las medidas más mencionadas se refieren al gobierno del virrey Manuel de Guirior, quien en 1772 ordenó organizar la capital en los barrios de las Nieves Oriental, Nieves Occidental, del Príncipe, San Jorge, la Catedral, el Palacio, San Victorino y Santa Bárbara.<sup>4</sup> Dentro de sus medidas de reorganización ordenó dar nombre a las calles, numerar las manzanas y las casas, sin lograr mucha efectividad con tales medidas: “poner número a las fincas urbanas y dar el nombre de las calles parece que sólo se generalizó al comenzar el siglo XIX”.<sup>5</sup>

<sup>2</sup> Sánchez de Tagle, *Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial*, México, INAH, Gobierno de la Ciudad de México, 1997, p. 24.

<sup>3</sup> En el perfil histórico de Bogotá de Jaime Jaramillo Uribe se subraya que en las últimas décadas de la colonia los progresos materiales fueron escasos y lo sustentó con una referencia a una relación de mando de un virrey que dijo que la limpieza de la ciudad estaba encargada a cuatro agentes: “los gallinazos, la lluvia, los burros y los cerdos”. Jaramillo Uribe, “Perfil histórico de Bogotá”, En *Ensayos de historia social*, tomo II, Temas americanos y otros ensayos, Bogotá, Tercer Mundo Editores, Ediciones Uniandes, 1989, p. 19.

<sup>4</sup> Rivadeneira, “Desde sus orígenes”, 2001.

<sup>5</sup> Jaramillo, “Perfil histórico”, p. 20.

Los sustentos racionales de estos esfuerzos de modernización estaban medianamente claros para los reformadores y para los regímenes que apoyaban sus propuestas, pero no para los funcionarios encargados de poner en práctica estas reformas. Estas ideas no fueron fácilmente asimiladas ni se aplicaron en un modelo de planificación como imaginaron sus impulsores. Además de los obstáculos mencionados por la ausencia de recursos para indemnizar a los afectados por las demoliciones, la historiografía mexicana ha señalado que en estas últimas décadas del gobierno colonial aún no se comprendía la necesidad de poner en práctica un plan que ordenara el crecimiento de una ciudad. La ausencia de planificación fue una realidad compartida por la mayoría de las ciudades latinoamericanas, una de las causas repetidamente mencionadas del crecimiento caótico de dichas urbes en el siglo XX.<sup>6</sup>

Sin embargo, valdría la pena tomar en cuenta otras dimensiones de estos intentos de planeación de ciudades como la capital mexicana. No se puede desconocer que hubo diversos proyectos para mejorar la imagen urbana y para solucionar algunos de los problemas agudizados por el crecimiento poblacional. Se dictaron un buen número de medidas para atacar problemas coyunturales tanto en la infraestructura urbana como en la formas de comportamiento de sus habitantes. Rodríguez Kuri considera estas diversas propuestas como una “operativización apresurada de la intuición y de un impulso, que busca el abatimiento de un paisaje y la recomposición de un ambiente —en última instancia— que busca la reformulación de una percepción y de una psicología colectivas”; por lo tanto, no había un conjunto de ideas articuladas al respecto, agrega este autor.<sup>7</sup> Lo que sí lograron algunos de estos intentos de planeación fue hacer conciencia de la necesidad de un proyecto de modificación del paisaje urbano. A pesar de las reticencias, en los discursos aparecía claramente la necesidad de un mejoramiento del entorno de la ciudad.

Otra de las barreras para poner en práctica estos esfuerzos de transformación de la vida urbana que se comenzaron a proponer desde finales del siglo XVIII fue la dificultad para cambiar los comportamientos de los individuos en la calle. Regina Hernández Franyuti señala que era casi imposible “sujetar a los vecinos a una disciplina respecto a la disposición de los detritos,

ya que, pese a las normas dictadas con anterioridad al respecto, la gente estaba habituada a desentenderse de la manera más simple y rápida de los desperdicios, esto es, arrojándolos a la vía pública”.<sup>8</sup> Cambiar los comportamientos sería algo más difícil de conseguir y seguiría siendo una de estas “inercias” que frenarían los intentos para poner en práctica algunos de los planes de los reformadores.

Las investigaciones sobre el crecimiento urbano de estas dos ciudades a lo largo del siglo XIX y, en particular en la segunda mitad de esa centuria, han coincidido en un aumento de la densificación de las viejas trazas rectangulares, así como en la recuperación de los principios racionalistas de reforma de las ciudades de tiempos de los borbones. Para el caso de México y con base en los censos del siglo XIX, se ha señalado un proceso creciente de densificación de estas viviendas. Según María Dolores Morales y María Gayón, las casas que tenían más de 10 habitaciones aumentaron de 1,015 a 1,721 entre 1848 y 1882. Había una gran diversidad de espacios al interior de una casa: cuartos independientes, accesorias (las cuales tenían acceso directo a la calle), jacaes (habitaciones construidas con madera u otros materiales perecederos), cajones (espacios para el comercio en donde también vivían), covachas (situados debajo de las escaleras) o corrales (lugares cercados donde, además de animales, pernoctaban familias).<sup>9</sup>

Con el progresivo rompimiento del poder de las corporaciones y, en particular, de la Iglesia, en el siglo XIX se consolidó paulatinamente la tendencia hacia la libertad de propiedad y la incorporación de aquellos predios que aún no habían ingresado al mercado de tierras. Los estudios de Mariano Téllez Pizarro muestran que en este período y, en particular entre 1872 y 1901, hubo una importante inversión en la construcción y remodelación de edificaciones, con lo cual el valor de la propiedad inmueble se comenzó a establecer no sólo por el valor del terreno, sino por el valor de la construcción.<sup>10</sup>

En Bogotá, la investigación de Germán Mejía Pavony subraya que, a lo largo del siglo XIX y sobretodo en las décadas finales, hubo un proceso de densificación de las viejas edificaciones construidas. El aumento progresivo de la inmigración campesina a la ciudad se concentró en las antiguas casas que se subdividieron

<sup>6</sup> Muchos han insistido en este hecho a partir de los trabajos de José Luis Romero y sus reflexiones sobre las causas del crecimiento desordenado de las ciudades latinoamericanas en el siglo XX. Romero, *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, México, Siglo XXI, 1976, p. 275.

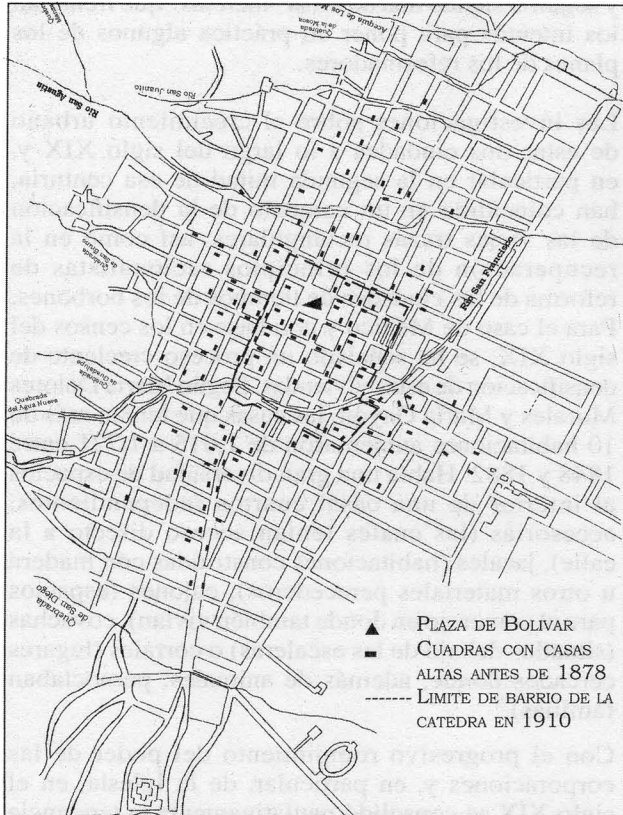
<sup>7</sup> Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada. El Ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*. México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, 1996, p. 111.

<sup>8</sup> Hernández Franyuti, “Ideología, proyectos y urbanización en la ciudad de México, 1760-1850”, en Regina Hernández Franyuti, comp., *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. México, Instituto José María Luis Mora tomo I, 1994, p. 140.

<sup>9</sup> Morales y Gayón, “Viviendas, casas y usos de suelo en la ciudad de México, 1848-1882”, en Rosalba Loreto López, coord., *Casas, viviendas y hogares en la historia de México*, México, El Colegio de México, pp. 344-347.

<sup>10</sup> Citado por Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada*, pp. 99-100.

y alojaron en su interior a mayor población. Además, muchos lotes vacíos en el marco de la vieja traza fueron construidos, haciendo más compacta el área construida.<sup>11</sup>



Cuadras con casas altas, 1878. Mejía, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. 2a ed., Bogotá, CEJA, 2000, p. 390.

En ambas ciudades estos años significaron un aumento de población y una densificación de las viejas habitaciones, hecho que generó diversos problemas de hacinamiento e higiene pública que subrayaban ampliamente los contemporáneos. En México, las famosas vecindades (conocidas en Colombia como inquilinatos) eran características de la habitación desde la Colonia pero con un carácter distinto: en su interior se alojaban diversos sectores de estratos diferentes. Desde finales el siglo XIX la diversidad también era su característica pero sólo dentro de los sectores medios (empleados de la creciente democracia y del comercio) y dentro de los sectores bajos (obreros, artesanos, trabajadores

independientes). Varios estudios han insistido en un declive en la calidad de vida en su interior por las fuertes presiones demográficas.

Las cifras de los censos, parciales y poco fiables por serios defectos en la recolección de la información, nos permiten apreciar las tendencias del crecimiento demográfico, el cual no es paralelo a una expansión de la traza urbana. Entre 1870 y 1912, la población bogotana creció de 40 833 a 116 951 habitantes,<sup>12</sup> mientras que la población de la ciudad de México pasó de 241 110 en 1870 a 471 066 habitantes en 1910.<sup>13</sup>

Adicionalmente, es necesario tener en cuenta que la expansión urbana a partir de estas décadas generó otros procesos como el descentramiento en ambos casos, es decir, el traslado paulatino de las élites de las zonas centrales de la ciudad hacia los márgenes en nuevos conglomerados (barrios en Bogotá o colonias en ciudad de México) que tuvieron como destinatarios principales sectores sociales con gran capacidad de pago. Es el caso del barrio Chapinero al norte de Bogotá o de colonias como La Condesa y Roma en ciudad de México. Para los sectores más bajos también se crearon nuevos núcleos urbanos pero estos o estaban poco poblados a pesar de su extensión o dieron cabida a una reducida parte de esas mayorías pobres que siguieron hacinadas, según los testimonios, en las viejas casas de habitación. En medio de la expansión urbana entre 1870 y 1930, un seguimiento de las normas sobre urbanización y de las acciones del gobierno local muestra que en ambas capitales —de forma paralela a la expansión de la traza y a la fragmentación socioespacial— hubo esfuerzos por regular el desarrollo de los espacios centrales de los viejos cascos urbanos.

De forma contraria a Bogotá, más pequeña y provincial, México vivió un proceso de reconstrucción espacial de los cuarteles centrales en tiempos de Porfirio Díaz (1876-1911). La inversión en obras públicas, en alineación de calles que habían sido incorporadas en la Colonia a los conventos, así como en construcción de grandes avenidas al estilo boulevard (la ampliación del Paseo de la Reforma y la modernización del Paseo Bucarelli). Todas estas obras buscaron mostrar la cara del progreso pregonado por el gobierno de Porfirio Díaz. En Bogotá, no hubo en este período proyectos de modernización material o urbanística con estas dimensiones. Sin embargo, como en México, hubo una preocupación constante por tomar en cuenta

<sup>11</sup> Mejía Pavony, *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*, Bogotá, Ceja, 1998, pp. 297 y ss.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 230.

<sup>13</sup> Gortari y Hernández Franyuti, *Memorias y encuentros: La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*, México, Departamento del Distrito Federal e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, vol. III, pp. 276 y 287. Estos datos corresponden solamente a la municipalidad de México; no incluyen los datos de las municipalidades vecinas, algunas de las cuales ya estaban unidas con la traza de la ciudad.

el tema de la planeación urbana. Así lo demuestra la participación en congresos internacionales y la expedición de normatividades.

En este período, la norma urbanística fue una estrategia para enfrentar aspectos que se escapaban de las manos en las pocas o muchas reformas. A través de normas y reglamentaciones y de los discursos que las sustentaban es posible señalar algunas de las características de los sentidos que tenía el concepto de urbanización como una expresión clara del proyecto de modernización urbana. La “falta de urbanización”, como repetían reiteradamente los funcionarios gubernamentales en la capital mexicana, se refería básicamente a la ausencia de condiciones básicas de infraestructura en las viviendas y a la limitada cobertura de servicios públicos básicos, como la provisión de agua potable, la conducción de aguas negras y del agua apta para consumo. La revisión de la normatividad y la insistencia progresiva en ciertos aspectos específicos, permite identificar estas dificultades que enfrentaron los gobiernos locales de las ciudades latinoamericanas, en medio de la densificación y la construcción de nuevos barrios o colonias para sectores populares.

En medio de esta densificación y de las dificultades en la salubridad de los espacios urbanos que analizaremos en la siguiente sección, en ambas ciudades habíamos señalado que hubo una fragmentación del espacio urbano, formación de nuevos polos en los extramuros de las ciudades y aumento de la fragmentación del espacio urbano. Algunas evidencias en los estudios urbanos mexicanos señalan que este proceso de fragmentación generó percepciones diferentes frente al espacio urbano en la capital. Al desbordarse los viejos límites de la ciudad, algunos investigadores que han dado seguimiento a los discursos de estos sectores —a través de registros de sus voces en fuentes judiciales o en trámites administrativos—<sup>14</sup> han coincidido en la consolidación de “rumbos”, o espacios definidos en los cuales los habitantes concentraron sus actividades de trabajo, socialización y que coincidían, en muchos casos, con sus lugares de habitación.<sup>15</sup> Asimismo, estos trabajos permiten poner en duda la

separación tajante entre ámbitos públicos y privados reiterada como una evidencia de la modernidad de estas ciudades. Por el contrario, tanto en viviendas con un alto grado de hacinamiento y densificación (como las vecindades y los inquilinatos) como en las nuevas barriadas populares se conservan fuertes lazos de solidaridad, de ayuda mutua o de interés común, así como espacios (como patios interiores de las vecindades o las calles de las nuevas barriadas) que han sido, reiteradamente, señalados como una extensión de las habitaciones. Queda por explorar más ampliamente las migraciones rurales hacia las ciudades de estos años y la configuración de redes sociales a partir de un lugar de nacimiento común, de relaciones de compadrazgo o de vecindad. Son pocos los estudios que han vuelto la mirada hacia los sugerentes trabajos etnográficos sobre ciertos rumbos de la ciudad (como los de Oscar Lewis en el caso de la ciudad de México) para poner a prueba los alcances de la modernidad desde una perspectiva histórica, tratando de relacionar la puesta en marcha de los proyectos de modernización en momentos de un fuerte desprecio por lo popular (por incivilizado, inmoral o antihigiénico, como lo veremos en la siguiente sección) y la consolidación de una imagen urbana fragmentada. Esta imagen, a veces, se convertía en una barrera para superar los pequeños marcos espaciales en donde se desarrollaba la vida de los habitantes en ciudades con un evidente aumento en su área urbanizada, a pesar de que aún no fuera tan explosivo como ocurrió a partir de la década de 1950.<sup>16</sup>

Esta es una línea de análisis para reconocer matices, espacios de múltiples tonalidades entre tradición y modernización. Muchos estudios históricos han reiterado afirmaciones generales que intentan sustentar la modernidad de estas ciudades en una separación tajante entre lo público y lo privado, separación que se queda en el plano discursivo y puede ser puesta en duda por las evidencias del tipo de socialización popular en esos años. Parece ser que *flanear* como evidencia de modernidad no era una actitud generalizada en estas ciudades latinoamericanas de comienzos del siglo XX, o al

<sup>14</sup> Es el caso del estudio de Pablo Piccato sobre criminalidad en la capital mexicana entre 1900 y 1930 (Piccato, *City of Suspects, Crime in Mexico City, 1900-1931*, Duke University Press, 2001) o la investigación doctoral del autor de estas páginas sobre trabajadores en las calles de esta ciudad en el mismo período de estudio.

<sup>15</sup> Al hacer un estudio socioespacial de la zona de la Merced en la ciudad de México (uno de las zonas de mercado, abasto de alimentos y comercio popular más importantes), Enrique Valencia también ha encontrado que desde finales del siglo XIX, los habitantes de la zona cercana a las calles de mayor actividad comercial en este *rumbo* concentraban sus actividades en un radio que no superaba las 5 o 10 manzanas a la redonda. Valencia, *La Merced. Estudio ecológico y social de una zona de la Ciudad de México*, México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 1965. En los trabajos de Oscar Lewis también es perceptible observar cómo la vida de muchos de los personajes observados en su trabajo etnográfico permanecen en un radio que a veces no supera los alrededores o los espacios comunes de las vecindades. Lewis, *Los hijos de Sánchez* (1961), México, Editorial Grijalbo, 1966. Una veta de análisis en este mismo sentido puede surgir al tratar de relacionar la construcción de rumbos con la formación de imágenes y mapas mentales urbanos que exploraron los geógrafos en las décadas de 1960 y 1970; por ejemplo, Kevin Lynch, *La imagen de la ciudad* (1960), Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1960.

<sup>16</sup> En este sentido, hemos realizado un intento incipiente de abordar la vida social de inmigrantes rurales en el barrio obrero Antonio Ricaurte de Bogotá en: Barbosa, *La metamorfosis del habitante urbano de principios de siglo. El caso del barrio Ricaurte de Bogotá (1912-1948)*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia, 1996.

menos es una línea de análisis para explorar con estudios concretos y en ámbitos comparativos. Algunas investigaciones han comenzado a explorar las “resistencias” al modelo de modernización a partir de algunas perspectivas de la historia social y cultural y de propuestas teóricas, como las de James Scott,<sup>17</sup> que hablan sobre los espacios populares que permiten la permanencia de tradiciones culturales.<sup>18</sup> Sin embargo, estas investigaciones se tendrían que complementar con estudios que permitan percibir no sólo las resistencias —abiertas y ocultas— y las reacciones ante el aumento del control social, sino también las prácticas de negociación, las solidaridades y la conformación de redes sociales que, en medio del crecimiento urbano y la sobrepoblación, han permitido la sobrevivencia de amplios sectores de población. Las prácticas sociales y culturales de la sobrevivencia también deberían tener un espacio en la investigación histórica de estas ciudades.

### III. SEGUNDA ESTACIÓN: DISCURSOS FRENTE A LA INSALUBRIDAD Y LOS COMPORTAMIENTOS INDESEABLES

En nuestra lectura de colecciones normativas de ambas ciudades en el período 1900-1930 hemos podido establecer algunas insistencias comunes frente a un aspecto que se escapaba al manejo de los proyectos de modernización. Me refiero a la necesidad de enfrentar la mencionada densificación poblacional y el consecuente declive de las condiciones de la calidad de vida. Este problema se hacía aún más visible en medio de la difusión de los principios del higienismo y de teorías científicas para enfrentar enfermedades endémicas o epidémicas. En el tiempo también coincide este momento con un fortalecimiento de teorías positivistas que insistían en argumentos raciales para explicar el “bajo” grado de civilización de las sociedades latinoamericanas. Con estas teorías raciales se sustentaba un desprecio por formas de vida tradicionales en las ciudades americanas. Usos y costumbres populares que eran extendidos entre la mayoría de la población fueron rechazados de manera progresiva por ser prácticas poco higiénicas de acuerdo con las evidencias de los descubrimientos

de la ciencia en relación con los microorganismos. Otra fuente de rechazo fue la falta de autocontrol en la interrelación entre los diversos sectores sociales, que se reflejaba en formas de comportamiento no bien vistas dentro del modelo secular cimentado a través de manuales de urbanidad y en la escuela.

Pero vamos por partes. Frente a la insalubridad, las normas se concentraron en establecer unas cualidades básicas en la construcción de habitaciones. La actividad del Concejo Municipal de Bogotá en las primeras décadas del siglo XX indica que hubo una gran cantidad de intentos de regulación con anterioridad a la Ley 46 de 1918, mencionada por varias investigaciones como el inicio de la normatización sobre esta materia.<sup>19</sup> Las normas previas a esta ley se dirigían principalmente a la creación de instituciones, la regulación de las construcciones y la prohibición de ciertos comportamientos (aspectos que trataremos



Procesión de Corpus Christi frente a la catedral. Mejía, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. 2a ed., Bogotá, CEJA, 2000, p. 458.

más adelante). Respecto de las construcciones, los acuerdos insistían en que la apertura de nuevas calles sería autorizada por la Oficina de Obras Públicas, al tiempo que fijaban las especificaciones mínimas de éstas y atribuían a los vecinos las funciones de mantenimiento o reconstrucción de los alcantarillados, andenes y canales de desagüe de aguas lluvias. Para

<sup>17</sup> Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*, México, Ediciones Era 2000.

<sup>18</sup> En la última década, por ejemplo, es perceptible una gran cantidad de estudios en varios países de Latinoamérica sobre vagos, ociosos, delincuentes, así como de usos sociales de espacios públicos (como plazas, calles, establecimientos públicos de ocio, etc.). Entre otros, ver por ejemplo, Falcón, *Culturas de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos. México, 1804-1910*, México, El Colegio de México, Universidad de Querétaro, 2005; Calvo Isaza y Saade Granados, *La ciudad en cuarentena. Chicha: patología social y profilaxis*, Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002; Lida y Pérez Toledo, *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX*, México, UAM-Iztapalapa, Miguel Ángel Porrúa, 2001; Araya Espinoza, *Ociosos, vagabundos y malentendidos en Chile colonial*, Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1999; Ramón Joffré, *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*, Lima, Perú, Sidea, PromPerú, 1999.

<sup>19</sup> Véase por ejemplo los trabajos de Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*, Bogotá: Cinep, 1992, y de Wigberto Castañeda, *Bogotá: industria y trabajadores: 1900-1945*, Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Sociología, 1988, p. 102. Con esta ley de 1918 se impuso a los municipios de más de 15.000 habitantes la obligación de destinar el 2% de los impuestos a la construcción de habitaciones obreras.



la aprobación de nuevas urbanizaciones se exigía un ancho de 15 metros para calles y 20 metros para carreras (Acuerdo 7 de 1913) y una altura para las casas de obreros de 3,5 metros, mientras que para otros sectores se exigía una altura mínima de 5 metros. Luego de la mencionada Ley de 1918, se reglamentó la creación de una Junta de Habitaciones para Obreros con participación del Alcalde, concejales y funcionarios administrativos. Sin embargo, bajo la gestión de esta Junta y del organismo que la sucedió —el Instituto de Acción Social creado por Acuerdo 61 de 1932—,<sup>20</sup> sólo se apoyó la construcción de 249 viviendas entre 1918 y 1944.<sup>21</sup>

Esta insistencia en la normatización no consideraba las circunstancias reales de la construcción y la imposibilidad de contar con todas las condiciones deseadas antes de la iniciación de las obras. De ahí que las reglamentaciones generales tuvieran que ser reformadas prontamente. Por ejemplo, el acuerdo 56 de 1922 permitió edificaciones en lotes que no tuvieran el servicio de acueducto ni alcantarillado, “siempre que se construya un excusado sanitario de foso séptico, modelo Kentucky, recomendado por la Dirección Nacional de Higiene”,<sup>22</sup> con lo que intentaba enfrentar la imposibilidad de contar con estos servicios antes de iniciar cualquier construcción en las circunstancias de estos nuevos barrios.

En el caso de la ciudad de México, la densificación también trajo a la discusión problemas de salubridad e intentos normativos. Desde la segunda mitad del siglo XIX y hasta la primera década de la siguiente centuria, el área construida había crecido casi cinco veces, mientras que la población había aumentado 2.3 veces.<sup>23</sup> Según el gobierno del Departamento del Distrito Federal, entre 1900 y 1930 la ciudad pasó de 27 137 500 a 86 087 500 metros cuadrados; entre 1900 y 1910 creció un 32%, entre 1910 y 1920 un 13.5% y entre 1921 y 1930 un 46%.<sup>24</sup> Las mayorías pobres, entre tanto, continuaban hacinadas en alojamientos calificados por sus contemporáneos —y también por una buena parte de la crónica y la historiografía de la ciudad— de insalubres e inmorales. Los estudios

sobre historia de la expansión urbana subrayan que este aumento del área no implicó un mayor espacio para el alojamiento de las mayorías pobres urbanas.

Gran parte de las nuevas áreas urbanizadas correspondieron a colonias para élites y sectores medios en donde se construyeron grandes casas con una baja densidad de población; mientras que las urbanizaciones destinadas a sectores bajos tenían una mayor densidad por casa o habitación y se poblaron más lentamente. Por ejemplo, el fraccionamiento (loteo) de la colonia Vallejo, fue autorizado a Ignacio del Villar y Compañía Mexicana de Terrenos en 1905;<sup>25</sup> al observar fotografías aéreas de la zona en 1934,<sup>26</sup> aún hay muchas áreas sin construir y calles sin trazar. Su poblamiento fue lento y se extendió varias décadas, haciendo más difícil la consolidación de condiciones de urbanización, tal como ocurrió con buena parte de las colonias populares en la ciudad de México. Al buscar una explicación frente a la especulación en los nuevos fraccionamientos de la ciudad de México, María Dolores Morales señala que funcionarios de Obras Públicas se quejan en 1909 de que continúan presentándose solicitudes para abrir nuevas colonias a pesar la existencia de grandes zonas no habitadas ni construidas y de “casas dispersas a grandes distancias” en las nuevas colonias de sectores altos, medios y bajos, hay enormes espacios sin población. “Es evidente —apunta Morales— que ello obedece a un deseo de especulación de capitalistas a quienes no les importa esperar un largo plazo porque saben que las ganancias son óptimas”.<sup>27</sup>

En las nuevas colonias ubicadas al sur del viejo casco urbano había múltiples quejas por los incumplimientos de los urbanizadores. En la colonia Moderna, por ejemplo, en los años 20 no había ni “un solo gendarme, ni un carro de limpia ni un solo foco de luz eléctrica en las calles” que hubiera sido pagado por la municipalidad. El ayuntamiento señalaba que si los fraccionadores no introducían los servicios que les correspondían de acuerdo con el decreto presidencial de 3 de julio de 1924, la colonia no tendría existencia jurídica ante esta instancia. Sin

<sup>20</sup> República de Colombia, *Acuerdos expedidos por el Concejo Municipal. 1930-1933*, Bogotá, Imprenta Distrital, 1984.

<sup>21</sup> Castañeda, *Bogotá: industria y trabajadores*, p. 102.

<sup>22</sup> *Acuerdos expedidos por el Concejo [sic] municipal de 1922 a 1923*, Bogotá: Concejo Municipal, 1924, p. 148 - 149.

<sup>23</sup> Estos datos corresponden a uno de los estudios históricos pioneros sobre la expansión urbana en México y se hizo a partir de medir los planos a escala elaborados para este trabajo. Morales, “La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX. El caso de los fraccionamientos”, en Alejandra Moreno Toscano et al., *Investigaciones sobre la historia de la ciudad de México I*, México, Cuadernos de Trabajo del Departamento de Investigaciones Históricas, INAH, 1974, p. 74. Jorge Jiménez en su trabajo sobre negocios urbanos en el Distrito Federal entre 1824 y 1928 menciona la existencia de los “portafolieros”, especuladores que se dedicaron a la compra-venta de grandes terrenos urbanos. Jiménez, *La traza del poder. Historia de la política y de los negocios urbanos en el Distrito Federal de sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1928)*, México, Codex Editores, 1993, pp. 70-71.

<sup>24</sup> Estos datos provenientes de la Dirección de Obras Públicas del Departamento del Distrito Federal en 1930 están citados en Berra, *La expansión de la Ciudad de México y los conflictos urbanos, 1900-1930*, México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1982, p. 271.

<sup>25</sup> Jiménez, *La traza del poder*, p. 53.

<sup>26</sup> Fotografía aérea de la colonia Vallejo, 1934, Archivo Compañía Mexicana de Aerofoto.

<sup>27</sup> Morales, “La expansión de la ciudad de México”, p. 91.

embargo, el ayuntamiento cobraba impuesto predial, servicio de limpieza, etc. a los propietarios de estas zonas suburbanizadas. En el caso de la colonia Postal, todas las mejoras corrieron a cargo de la cooperación de los trabajadores postales pues el ayuntamiento se negó a ayudarlos. El argumento central era que la colonia estaba fuera de la jurisdicción del municipio de México. En el caso de la colonia Obrera, el mencionado decreto paralizó las obras de construcción de casas y habitaciones pero estimuló la aparición de barracas de madera con carácter provisional. Sus habitantes manifestaban que pagaban impuestos con la esperanza de que se realizaran obras de higienización e introducción de servicios públicos básicos, aunque se tenía la certeza del incumplimiento de fraccionadores (urbanizadores) y del gobierno local y federal. Así lo manifestaba un grupo de vecinos de esta colonia en los años 20: ... y si bien es cierto que nos libramos de la tiranía del casero, en cambio, nuestra vida es angustiosa: sin escuela, luz, pavimento, pues de todo carecemos hasta de policía que es en extremo deficiente, por no decir nula en lo absoluto, pues casos se han dado en que los mismos gendarmes cometen atracos y delitos de sangre.<sup>28</sup>

A pesar de estas responsabilidades incumplidas, en ambas ciudades es perceptible que la responsabilidad por la insalubridad fue trasladada en los discursos hacia las mayorías pobres. En los discursos de higienistas, urbanizadores, empresarios y funcionarios gubernamentales se insistía en que la responsabilidad de los problemas en salubridad — que generaron temores por la expansión de epidemias — estaba en las ‘viciadas’ prácticas populares.

En el caso de Bogotá, el médico Camilo Tavera hizo en 1922 una descripción de los 20 núcleos de habitaciones obreras que por entonces existían en Bogotá.<sup>29</sup> La mayoría de estos núcleos urbanos localizados al oriente, al sur y al occidente de la ciudad albergaban a habitantes pobres de Bogotá, principalmente artesanos, y a inmigrantes que provenían en forma predominante de los departamentos de Boyacá y Cundinamarca.<sup>30</sup> Entre los núcleos localizados al oriente podemos mencionar los barrios “Unión Obrera”, Bavaria (que hoy forman el sector conocido como La Perseverancia), Las Aguas, Egipto, Belén y Las Cruces; al occidente, los barrios San Façon, San Luis y Ricarte; y al sur, San Francisco Javier (más conocido como Villa Javier) y

algunos sectores sin nombre localizados en las orillas de los ríos San Francisco y San Agustín. Estos barrios, con excepción de unos pocos, eran un conjunto de casas caracterizado, en su mayoría, por la ausencia de servicios públicos, el desaseo y las condiciones de vida infrahumanas.

En sus reflexiones a partir de la colaboración en la elaboración del plano de 1930, el ingeniero Luis Bautista se refirió en los siguientes términos a la expansión de Bogotá en estas primeras décadas del siglo XX:

... el sistema de *libre crecimiento* entraña peligros casi imposibles de conjurar en el futuro, como son, entre otros, los de orden económico, de higiene y de seguridad, multiplicados diariamente por la intensa construcción de habitaciones clandestinas, verdaderos tugurios sin ventilación, sin luz, sin arte y sin una ley o fuerza coercitiva que evite el emplazamiento de urbanizaciones a considerable distancia unas de otras.<sup>31</sup>

Bautista señalaba que las habitaciones “clandestinas” llegaban en 1931 a una proporción del 70% del área construida y menciona como una de las causas el desamparo en que quedaron los habitantes del Paseo Bolívar, zona ubicada al pie de los cerros orientales, luego de la campaña de higienización de este sector emprendida por el municipio a finales de los años 20. No obstante, fueron las mismas élites las que impulsaron esta campaña de desalojo de varias familias de ésta. Se pedía la eliminación de estos “focos infecciosos” a través de artículos de prensa e incluso desde los púlpitos, con base no sólo en la necesidad de salubridad sino también en la apelación a la moral. Otros como Ortega pedían que en su lugar se construyeran “magníficas residencias de recreo” para aprovechar el “magnífico panorama”.<sup>32</sup> Los proyectos de higienización del Paseo Bolívar incluían el establecimiento de una serie de construcciones “con el estilo y las características de la ciudad jardín”.<sup>33</sup>

Estas primeras décadas del siglo se caracterizaron por campañas moralizadoras impulsadas por la élite, bajo la influencia de las teorías social-darwinistas que, entre otros postulados, aceptaban la “inferioridad de la raza hispanoamericana”, en particular de los sectores pobres de estas sociedades. Estas campañas intentaron controlar la utilización del tiempo libre en los sectores

<sup>28</sup> Berra, *La expansión de la Ciudad de México*, p. 128.

<sup>29</sup> Tavera, *Habitaciones Obreras en Bogotá*, Bogotá, Editorial Minerva, 1922.

<sup>30</sup> Varios estudios han señalado que, a lo largo del siglo XX, la mayor parte de inmigrantes rurales a Bogotá eran boyacenses. Por ejemplo: Vargas y Zambrano, “Santa Fe y Bogotá: Evolución histórica y servicios públicos”, en Pedro Santana, comp., *Bogotá 450 años: Retos y realidades*, Bogotá, Editorial Foro e Ifea, 1988, p. 28.

<sup>31</sup> Bautista, *Estudios de urbanismo: planeamiento de la ciudad de Bogotá*, Bogotá: Imprenta Municipal, 1932, p. 32.

<sup>32</sup> Ortega, *Arquitectura de Bogotá*, Bogotá, Ediciones Proa, 1988, p. 89.

<sup>33</sup> *Acuerdo 32 de 1929 en Boletín municipal*.

<sup>34</sup> Archila, *Cultura e identidad obrera*, pp. 173-180.

populares, con el propósito de reforzar los nuevos hábitos de trabajo que imponía la modernización.<sup>34</sup> En ese sentido, Rafael Uribe Uribe fue uno de los personajes que expresó con mayor vehemencia la necesidad de creación de condiciones para que avanzara la civilización (léase modernización). Uribe Uribe rechazaba el alcoholismo y lo veía como el principal obstáculo para “todo lo que sea civilización, disciplina moral y humanitarismo”.<sup>35</sup> Para enfrentar este mal, consideraba como prioritario inculcar nuevas virtudes para que la población creciera de manera robusta. Sus ideas reflejaban la preocupación de los contemporáneos por controlar cierto tipo de comportamientos.

En estos años es reiterativa la insistencia en las ciudades latinoamericanas por convertirse en metrópolis y a sus habitantes en hombres disciplinados y preparados para la modernización. Por eso se toman medidas como la prohibición de los pregones en las vías principales de la ciudad, el desplazamiento de las chicherías o pulquerías<sup>36</sup> a lugares apartados de los centros y de las zonas residenciales, el desarrollo del transporte urbano, el mejoramiento de andenes, calles y desagües, y hasta la imposición de multas por errores gramaticales en los letreros y anuncios públicos.<sup>37</sup> Organismos e instituciones como la Sociedad de Embellecimiento (creada por Decreto 10 de 1917), la Oficina de Estadística Municipal (marzo 26 de 1918), la Oficina de la Inspección de Tráfico (Acuerdo 84 de 1919) y la Oficina de desinfección urbana (Acuerdo 76 de 1920), para el caso de Bogotá, también son muestra de los intereses de los legisladores.

Desde finales del siglo XVIII, la reglamentación urbana había insistido en esta lucha contra lo sucio y lo maloliente con una mayor exigencia hacia la conservación de los espacios públicos (llámense calles, establecimientos públicos, mercados, jardines) en un estado más salubre, tanto en su construcción, como en el mobiliario. El vestuario, la limpieza personal, el manejo alimentario, entre otras costumbres, también fueron objeto de novedosas reglamentaciones. La batalla contra los comportamientos insalubres se enfrentó con normas y también a través de “denuncias” por parte de periodistas, salubristas e inspectores del ramo, quienes se convirtieron en férreos críticos a

partir de la descripción de situaciones que debían combatirse en esta guerra contra los microbios y las epidemias. El espacio del combate estaba ubicado, por lo general, en los espacios públicos, aunque también se extendió al interior de las habitaciones.

En el caso de México, las épocas secas y de lluvias tenían consecuencias diversas. En tiempos secos y de vientos, las tolvaneras eran una fuente adicional de insalubridad. En tiempos de lluvias, la situación de las calles empantanadas se hacía más difícil por la acumulación de basuras en las calles. La correspondencia cruzada entre los vecinos y las instancias de la administración del Distrito Federal y el ayuntamiento, deja percibir que unos y otros se acusaban de ser los causantes de esta situación. Por ejemplo, mientras los vecinos de las calles centrales de la ciudad señalaban en 1918 a la sección de Limpia y Transporte del Departamento de Obras Públicas como responsable de la acumulación de basuras, esta instancia de gobierno culpaba a los habitantes.<sup>38</sup> Los habitantes, además, se quejaban de que las autoridades no recogían el polvo y los desechos resultantes del barrido de las calles, ni tampoco “tanta inmundicia que hay junto a las paredes pues en las noches por falta de vigilancia se convierten estas calles en excusados públicos”.<sup>39</sup> Esta situación se agravó en tiempos de inestabilidad política en la década revolucionaria, cuando gran parte de los servicios urbanos se vio afectado y se detuvo el mantenimiento de la infraestructura urbana (remozamiento de asfaltados, extensión de redes de servicios públicos, interrupción de la limpieza, aparte de la crisis de abasto que vivió a partir de 1915 y que se prolongó por un par de años).

Alain Corbin y Maurice Angulhon han insistido en que desde el siglo XIX hay una creciente toma de conciencia sobre los olores de la ciudad. El refinamiento olfativo es una cualidad que refleja la diferenciación social: “La ausencia de olor que importune permite distinguirse del pueblo pútrido, hediondo como la muerte, como el pecado, y de paso justificar implícitamente el tratamiento que se le impone”.<sup>40</sup> La ausencia de olor es un signo de distinción en relación con los “malos” olores, sinónimos de enfermedad, hediondez y hasta de pecado.

<sup>35</sup> *El pensamiento político de Rafael Uribe Uribe (Antología)*, Bogotá: Instituto Colombiano de Cultura, 1974, pp. 109-110.

<sup>36</sup> Pulquerías son expendios de pulque, bebida embriagante popular en México hecha a partir de la fermentación del jugo de maguey.

<sup>37</sup> Sobre estos temas, el Concejo Municipal expidió un buen número de acuerdos entre 1912 y 1930, los cuales intentaban controlar los comportamientos que iban en contravía de los nuevos valores. En el caso de México, ver normas en el *Boletín Oficial del Consejo Superior de Gobierno del Distrito Federal* y el *Boletín municipal*, publicaciones periódicas del gobierno y del ayuntamiento en estas primeras décadas del siglo XX.

<sup>38</sup> De la sección de Limpia y Transportes del Departamento de Obras Públicas al Ayuntamiento, 8 de mayo de 1918, en Archivo Histórico del Distrito Federal, sección Policía Salubridad (en adelante: AHDF, PS), vol. 3672, exp. 268.

<sup>39</sup> Vecinos de los callejones de Lecheras al Departamento de Obras Públicas, 26 de agosto de 1918, en AHDF, PS, vol. 3672, exp. 288. Estos callejones se encontraban ubicados a solo cuatro calles del Palacio Nacional.

<sup>40</sup> Corbin, *El perfume o el mismo. El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987, p. 159. Sobre esta temática también puede consultarse a Angulhon, *Historia vagabunda. Emología y política en la Francia contemporánea*, México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994.

Este es un tono persistente en los relatos que hemos consultado en ambas ciudades, tanto de las autoridades sanitarias como de los pobladores —para hacerse escuchar y sin ninguna evidencia explícita de la interiorización de estos valores— relacionan la falta de higiene con los males sociales. Por ejemplo, los espacios abiertos de estas ciudades —llámense calles, ríos, canales, lotes sin cercar, jardines públicos o plazas— eran utilizados para realizar las necesidades fisiológicas de los habitantes de urbes como la ciudad de México, con un limitado número de letrinas y baños públicos. En estos momentos no sólo se dejaban basuras en las calles. Ante la falta de baños en las viviendas o en sitios públicos en la calle se vaciaban otros desechos, en particular, excrementos humanos.<sup>41</sup>

El Código Sanitario de 1902 de la ciudad de México reglamentaba, por ejemplo, que las casas debían tener por lo menos un “común”, siempre y cuando el número de habitantes no excediera de 20. Exigía que los comunes que se comunicaran con la atarjea o con el caño principal de la casa, deberían ser lavados con agua en abundancia y con presión; establecía también que “el contenido de los excusados solo podrá descargarse en las atarjeas. En las casas situadas en calles donde no haya atarjea, se usarían vasos móviles o algún otro modelo de comunes que sea aprobado por el Consejo Superior de Salubridad”.<sup>42</sup> Estas condiciones eran difíciles de cumplir en la mayor parte de las habitaciones por la falta de agua con presión y porque la mayoría de las atarjeas estaban obstruidas por lodo y basuras y por la falta de corriente que evitara el estancamiento de las aguas negras. Había también muchas casas de vecindad que aún no tenían baños, a pesar del aumento en la densidad de población.

Hemos visto en estas páginas cómo las percepciones sobre la insalubridad son muestra de la creciente intolerancia hacia formas de vida generalizadas que no cabían dentro de los moldes de un nuevo orden urbano, tanto en las prácticas higiénicas como en las actitudes de autocontrol en los espacios públicos y en las habitaciones de las mayorías pobres. Insistimos en que no era una característica exclusiva de las habitaciones; los espacios públicos eran también objeto de las preocupaciones de los higienistas.

En esta línea de análisis de la salubridad, relacionada con estudios sobre las características del darwinismo social en estos países, nos parece importante señalar cómo los problemas urbanos se trasladaron al ámbito individual y a ubicar el centro de estas dificultades en las prácticas sociales de las mayorías empobrecidas que vivían en lugares hacinados y con ausencia o limitaciones en la extensión de los servicios públicos que avanzaba, con ritmos diferentes en ambas ciudades. Hemos resaltado algunos aspectos de este problema pero, en este ámbito, aún las investigaciones son muy disímiles en relación con la administración urbana. Para el caso de México, varios estudios han



La Carrera séptima en Bogotá a fines del siglo XIX. Mejía, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910*. 2a ed., Bogotá, CEJA, 2000, p. 297.

explorado tanto la esfera administrativa (conflictos entre el ayuntamiento y el gobernador del Distrito Federal), el carácter de la obra pública (tipo de empresarios, financiación, zonas de cubrimiento), así como el manejo del asunto de la salubridad pública en medio de la modernización.<sup>43</sup> Para el caso de Bogotá, el camino está por construir y seguramente las posibilidades de los nuevos acervos documentales disponibles permitirán explorar aspectos mucho más puntuales de la administración y la política urbana, superando las generalidades del gobierno municipal y relacionando la administración municipal con el gobierno nacional asentado allí mismo.

<sup>41</sup> Los vecinos de la calle de san Salvador el Seco en la ciudad de México denunciaban al ayuntamiento que ante la falta de sanitarios, los vecinos salían en las noches a vaciar los excrementos “produciéndose un hedor insoportable” y exponiendo a la población “a que se desarrolle en este rumbo una epidemia de tifo, que a todos perjudicará”, 22 de marzo de 1899, AHDF, PS, vol. 3671, exp. 212.

<sup>42</sup> Las citas corresponden a los artículos 74 a 76 del Código Sanitario, en *Diario Oficial*, tomo LXIII (México), núm. 50, p. 9.

<sup>43</sup> Tres obras son representativas de este tipo de estudios: Rodríguez Kuri, *La experiencia olvidada*; Connolly, *El contratista de don Porfirio. Obras públicas, deuda y desarrollo desigual*; México, El Colegio de Michoacán, UAM, Azcapotzalco, Fondo de Cultura Económica, 1997; Agostoni, *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City*, Canadá, University of Calgary Press, University Press of Colorado, Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2003.

El hecho de ser capitales hace coincidir el análisis en problemas comunes a estas urbes. Me refiero a una mayor presión en la búsqueda de la modernidad urbana y en la imagen del estado nación en construcción. Más allá de evidenciar las ausencias y los límites de las políticas urbanas, las investigaciones podrían enfocarse a buscar la relación entre los proyectos de modernización urbana y los esfuerzos de construcción de legitimidades nacionales en estos problemas de salubridad. Por los indicios con los que contamos, la administración urbana en Latinoamérica fue en estos años un reflejo de los problemas políticos de estas naciones. En el caso de México se enfrentaron en medio de las vicisitudes políticas y de la legitimación de proyectos de esta índole, desde el porfiriano hasta los primeros gobiernos posrevolucionarios. En el caso colombiano, los proyectos de las élites liberales y conservadores desde comienzos de siglo no encontraron formas de construcción de una identidad nacional, agudizando problemas de fragmentación regional y de marginamiento político y social de las mayorías. En los dos casos, estas características particulares generaron distintas formas de fragmentación espacial en las ciudades. Esta es otra línea de análisis para profundizar y complejizar a partir de la comparación entre realidades similares en Latinoamérica y de la consideración de características culturales que han sido asimiladas, tanto por los discursos de los contemporáneos en el período estudiado como por la historiografía, a prácticas insalubres y por lo tanto, no modernas; prácticas que han sido signadas al apartado de la tradición con un énfasis negativo.

#### IV. TERCERA ESTACIÓN, FIN DEL RECORRIDO Y COMIENZO DEL SIGUIENTE

A partir de 1870, tanto en Bogotá como en ciudad de México, se observa un proceso de ampliación de esa traza que poco se había extendido hasta ese momento. En estas ciudades se puede advertir un crecimiento a partir de la extensión de los llamados “ejes de metropolización”, por lo general avenidas o calles que, al prolongarse, se convierten en el punto de partida para la construcción de nuevas colonias y asentamientos.<sup>44</sup> Estos ejes, a su vez, se convirtieron

en expresión de un proceso de fragmentación social y de descentramiento de las principales funciones urbanas.

En estas páginas hemos explorado algunos problemas generados por los proyectos de modernización impulsados por las élites entre 1870 y 1930 en medio de la expansión urbana a partir de estos ejes de crecimiento en cada ciudad. A partir de algunas evidencias empíricas y de una rápida revisión historiográfica, hemos subrayado la necesidad de superar el dualismo entre modernización y tradición en los análisis históricos de este período.

Ciertas ciudades latinoamericanas, como México o Buenos Aires, han sido señaladas como modelos de urbanización y de un proceso de modernización. Sin embargo, encontramos que la comparación entre ciudades capitales aparentemente disímiles por la extensión del área urbanizada y el número de población, puede ser útil para entender los alcances y las limitaciones de unos proyectos de modernización que tenían bases comunes en los discursos de la ciencia y en las teorías sociales de este momento. Subrayamos en nuestra *primera estación* que los procesos comunes de densificación y de construcción de zonas nuevas de urbanización, generaron la consolidación de lazos comunitarios a partir de estructuras espaciales en las que los límites de lo público y lo privado aún no estaban bien definidos, como ocurría en los proyectos para convertir a estas ciudades en metrópolis. En la *segunda estación*, nos detuvimos en el análisis del ámbito administrativo de estas ciudades frente a problemas comunes puestos en un primer nivel, en un momento en que la densificación del espacio urbano hacía más evidentes prácticas usuales frente al manejo de los desechos y basuras, comportamientos en las calles y espacios públicos y el aseo personal y de espacios comunes.

En ambos casos, hemos percibido que sería necesario sobrepasar los marcos de análisis superando dicotomías que, a nuestro criterio, han sido sobrevaloradas por la historiografía, tales como tradición-modernidad, higiénico-antihigiénico, urbano-rural, urbanizado-marginal o público-privado. Las evidencias empíricas en ambos casos permiten evidenciar que entre estos extremos hay muchas tonalidades que seguramente enriquecerán el análisis de la expansión urbana y de los problemas que de ella se derivan, a

<sup>44</sup> Terrazas, O. “Los ejes de la metropolización” en *Anuario de estudios urbanos* No. 2 1995, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1995, pp. 317-339. Para el caso de Bogotá, Fabio Velásquez señala que a comienzos del siglo XX Bogotá rompió la expansión circular y se expandió con unos ejes rectilíneos muy precisos. Velásquez Carrillo, “Bogotá 1538-1975: De ciudad colonial a urbe capitalista”, en *Ciudad y Territorio: revista de Ciencia Urbana* 3-4 (1983), pp. 85-100. Según nuestras propias observaciones del crecimiento urbano en estas décadas, estos ejes serían además de la carrera séptima, señalada por los estudios existentes, la avenida Colón y la calle 10 hacia el sur.

partir de una incorporación crítica de perspectivas culturales en el análisis histórico de las ciudades. A pesar de las dificultades para hacer visibles a las grandes mayorías de la población, habría que subrayar que se constituyen en los principales protagonistas de la vida social y de la construcción del espacio urbano y que éstas sobreviven en condiciones adversas y no es posible seguir considerándolas como parte de un sector tradicional, lejano de la modernización y

aislado de los procesos de formación de identidades urbanas. La comparación nos permite evidenciar ausencias y vías de análisis teniendo en cuenta los avances concretos en la historiografía en cada ciudad.

La historia social y cultural de los proyectos de modernización de las ciudades latinoamericanas aún tiene muchas rutas para explorar. Aquí comienza el nuevo recorrido.

## Bibliografía

- Agostoni Claudia. *Monuments of Progress. Modernization and Public Health in Mexico City*. Canadá, University of Calgary Press, Universit Press of Colorado. Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM, 2003.
- Agulhon, Maurice. *Historia vagabunda. Etnología y política en la Francia contemporánea*. México, Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora, 1994.
- Araya Espinoza, Alejandra. *Ociosos, vagabundos y malentretidos en Chile colonial*. Santiago, Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 1999.
- Archila, Mauricio. *Cultura e identidad obrera, Colombia 1910-1945*. Bogotá, Cinep, 1992.
- Barbosa Cruz, Mario. *La metamorfosis del habitante urbano de principios de siglo. El caso del barrio Ricaurte de Bogotá (1912-1948)*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Historia, 1996 (Monografía de grado, Historia).
- Bautista, Luis M. *Estudios de urbanismo: planeamiento de la ciudad de Bogotá*. Bogotá, Imprenta Municipal, 1932.
- Berra, Erica. *La expansión de la Ciudad de México y los conflictos urbanos, 1900-1930*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos, 1982.
- Calvo Isaza, Óscar Iván y Marta Saade Granados. *La ciudad en cuarentena. Chicha: patología social y profilaxis*. Bogotá, Ministerio de Cultura, 2002.
- Castañeda, Wigberto. *Bogotá: industria y trabajadores: 1900-1945*. Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Departamento de Sociología, 1988 (Monografía de grado, Sociología).
- Connolly Priscilla. *El contratista de don Porfirio. Obras públicas, deuda y desarrollo desigual*. México, El Colegio de Michoacán, UAM, Azcapotzalco, Fondo de Cultura Económica, 1997.
- Corbain, Alain. *El perfume o el mismo. El olfato y lo imaginario social, siglos XVIII y XIX*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.
- El pensamiento político de Rafael Uribe Uribe (Antología)*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura, 1974 (Biblioteca Colombiana de Cultura, Colección Popular, 155).
- Falcon, Romana, comp. *Culturas de pobreza y resistencia. Estudios de marginados, proscritos y descontentos. México, 1804-1910*. México, El Colegio de México, Universidad de Querétaro, 2005.
- Gortari Rabiela, Hira de y Regina Hernández Franyuti. *Memorias y encuentros: La Ciudad de México y el Distrito Federal (1824-1928)*. México, Departamento del Distrito Federal e Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora. 3 vols, 1998.
- Hernández Franyuti, Regina. "Ideología, proyectos y urbanización en la ciudad de México, 1760 1850". En Hernández Franyuti, Regina, comp. *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*. México, Instituto José María Luis Mora tomo I, 1994, pp. 146-160.
- Jaramillo Uribe, Jaime. "Perfil histórico de Bogotá". En *Ensayos de historia social*, tomo II. Temas americanos y otros ensayos. Bogotá, Tercer Mundo Editores, Ediciones Uniandes, 1989, pp. 11-37.
- Jiménez, Muñoz, Jorge. *La traza del poder. Historia de la política y de los negocios urbanos en el Distrito Federal de sus orígenes a la desaparición del Ayuntamiento (1824-1928)*. México, Codex Editores, 1993.
- Lewis, Oscar. *Los hijos de Sánchez* (1961). México, Editorial Grijalbo, 1982.
- Lida, Clara E. y Sonia Pérez Toledo, comps. *Trabajo, ocio y coacción. Trabajadores urbanos en México y Guatemala en el siglo XIX*. México, UAM-Iztapalapa, Miguel Angel Porrúa, 2001.
- Lynch, Kevin. *La imagen de la ciudad* (1960). Buenos Aires, Ediciones Infinito, 1966.
- Mejía Pavony, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá, 1820-1910*. Bogotá, Ceja, 1998.
- Morales y Gayón María Dolores y María Gayón. "Viviendas, casas y usos de suelo en la ciudad de México, 1848-1882". En Loreto López, Rosalba, coord., *Casas, viviendas y hogares en la historia de México*. México, El Colegio de México, 2001. pp. 339-377.
- Morales Morales, Ma. Dolores. "La expansión de la ciudad de México en el siglo XIX. El caso de los fraccionamientos". En Alejandra Moreno Toscano et al., *Investigaciones sobre la historia de la ciudad de México I*, México, Cuadernos de Trabajo del Departamento de Investigaciones Históricas, INAH, 1974.
- Ortega Díaz, Alfredo. *Arquitectura de Bogotá*. Bogotá, Ediciones Proa, 1988 (Colección facsimilar).
- Piccato, Pablo. *City of Suspects. Crime in Mexico City, 1900-1931*. Duke University Press, 2001.
- Ramón Joffré, Gabriel- *La muralla y los callejones. Intervención urbana y proyecto político en Lima durante la segunda mitad del siglo XIX*. Lima, Perú, Sidea, PromPerú, 1999.

- Rivadeneira, Ricardo. "Desde sus orígenes, nacida para ser capital, De Santafé a Bogotá: El crecimiento de la ciudad en sus mapas e imágenes". *Revista Credencial Historia*, 131 (Bogotá - Colombia), enero 2000.
- Rodríguez Kuri, Ariel. *La experiencia olvidada. El Ayuntamiento de México: política y gobierno, 1876-1912*. México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana, Azcapotzalco, 1996.
- Romero, José Luis. *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*. México, Siglo XXI, 1976.
- Sánchez de Tagle, Esteban. *Los dueños de la calle. Una historia de la vía pública en la época colonial*. México, INAH, Gobierno de la Ciudad de México, 1997.
- Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia. Discursos ocultos*. México, Ediciones Era [1ª edición en inglés: 1990], 2000.
- Tavera Zamora, Camilo. *Habitaciones obreras en Bogotá*. Bogotá, Editorial Minerva, 1922.
- Terrazas Revilla, Oscar. "Los ejes de la metropolización". *Anuario de estudios urbanos*, 2, 1995, México, Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco, 1995, pp. 317-339.
- Valencia, Enrique. *La Merced. Estudio ecológico y social de una zona de la Ciudad de México*. México, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), 1965.
- Vargas, Julián y Fabio Zambrano. "Santa Fe y Bogotá: Evolución histórica y servicios públicos". En Pedro Santana, comp. *Bogotá 450 años: Retos y realidades*. Bogotá, Editorial Foro e Ifea, 1988.
- Velásquez Carrillo, Fabio. "Bogotá 1538-1975: De ciudad colonial a urbe capitalista". *Ciudad y Territorio: revista de Ciencia Urbana*, 3-4 (1983), pp. 85-100.

---

Fecha de recepción: Julio 8 de 2005

Fecha de aprobación: Septiembre 22 de 2005



Fuente pública de San Victorino inaugurada en 1793. Fuente: Cámara de Comercio de Bogotá, en Mejía, Germán. *Los años del cambio. Historia urbana de Bogotá 1820-1910. 2a ed., Bogotá, CEJA, 2000, p. 339.*